

Bennet y Franklin se enfrentaron junto al acantilado, puño contra puño, para dirimir por fin, después de tantos años, una antigua disputa cuyo origen se había perdido en la memoria de ambos.

La lucha estaba muy igualada cuando Daisy llegó, pero los contendientes no hicieron caso de sus intentos por separarles y no pudo más que observar, impotente, cómo se destrozaban el uno al otro.

Cuando Franklin recibió un fuerte y aturdidor golpe, sabiendo que la victoria se le escapaba de las manos, realizó un último acto kamikaze y ella lanzó un grito desgarrador al ver a su hermano y al hombre al que amaba caer al embravecido mar.

—Señorita, ¿está usted bien? —preguntó uno de los clientes de la librería de segunda mano, que se había acercado al verla caer de rodillas al suelo.

Ella miró el libro que acababa de tocar y supo que por fin había encontrado una pista sobre su vida anterior, que la había estado atormentando en sueños aunque no podía recordarla del todo.

—Sí, estoy bien —dijo. Alzó la vista y se quedó con la boca abierta: el hombre que le tendía la mano se parecía a Bennet. Siguiendo un impulso, le hizo tocar el libro y observó cómo abría los ojos por la sorpresa.

—¿Le apetece un café? —la invitó él cuando se recuperó de la sorpresa inicial.

Por cómo se lo había tomado, supo que también estaba teniendo sueños similares, así que asintió y juntos se encaminaron hacia la salida, donde ella pagó el ejemplar, a sabiendas de que en él hallarían más pistas sobre lo que pasó.

—Oh, es un libro precioso —afirmó la librera—. Solo se hicieron unos pocos ejemplares y no tuvo mucho éxito, pero pensar que ha estado inspirado en un diario real... ¡Qué romántico! Me dan tanta pena...

Ambos cruzaron una mirada cómplice. Si ellos eran realmente Daisy y Bennet, eso significaba que eran almas gemelas, y la ausencia de un Franklin les permitiría vivir una historia de amor por todo lo alto sin trabas ni ataduras.